

**Libro El Quijote en el Café Gijón.  
Homenaje al escritor universal Miguel de Cervantes.  
Resumen del Capítulo El encuentro. Página 376.**

Llegué a aborrecer a don Miguel de Cervantes Saavedra. Fue a edad temprana, en los albores de mis nueve años.

En España mandaba un general. Y como casi todos los niños de mi edad, de familia media acomodada, había concluido mis estudios de primaria y recibido a Jesús Sacramentado en la capilla del colegio de San José de Cluny. E iniciaba, esperanzado, una nueva etapa de adolescencia con nuevos retos y otras exigencias.

Alegre, despierto y confiado inicié mi ingreso en el bachillerato, en el colegio Apóstol Santiago de Vigo, mi ciudad natal.

Mi único argumento contra el colegio, uno de los más exigentes y costosos de la ciudad, era su disciplina marcial.

Mis padres me habían encontrado el mejor sitio para mi formación general básica, con los mejores profesores del momento, dotado de amplias instalaciones, grandes patios de recreo y un bosque con gran variedad de árboles, al que no estaba permitido entrar a niños y adolescentes. Y en donde nuestro juego favorito consistía a pedrada limpia, entre dos bandos rivales amigos.

Nunca, como en aquellos años, me encontré tan integrado en aquel colegio y unido a la docena de amigos más íntimos, algunos ya había conocido en el anterior colegio, y que habíamos nacido en el mismo barrio. Como Nacho Vizcaíno, Carlos Vara, José Juan Muñoz, José Antonio Cerqueira, Ángel Táboas, Manuel Zúñiga, Juan Ibáñez, Arturo Fraga o Fernando Villamarín.

El grupo se había formado de manera espontánea, en torno a los juegos, las aventuras, los deportes, la afinidades comunes y las lecturas del momento:

La de los fascículos por entregas semanales del Capitán Trueno y el Jabato; Las aventuras entre los pieles rojas, Los piratas del río Si-Kián y El león de Damasco de los libros del escritor italiano Emilio Salgari; y la de los personajes del lejano oeste del toledano Marcial Lafuente Estefanía.

Y cada uno se había apropiado de una montura, de un caballo de leyenda, como los de nuestros héroes de los tebeos: Jamido, Trueno, Satán, con el que imaginariamente cabalgábamos, a galope tendido, golpeándonos acompasadamente en la cadera hacerlo como mas real.

En el colegio, para no quedarse atrás, en la calle, para no perder el autobús del colegio.

Y éramos conscientes de nuestra fuerza y sobre todo de nuestra lealtad, admiración mutua y amistad indestructible que todavía hoy perdura en el tiempo.

Y en eso estábamos, cuando los padres jesuitas, en quien habíamos depositado todas nuestras ilusiones y esperanzas, nos obligaban a memorizar, *manu militari*, el catecismo del padre Ripalda, la tabla de multiplicar, o el libro del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Acogí, entre mis pequeñas manos, aquel voluminoso libro de estudio, de letras muy pequeñas. Primero con gran curiosidad, pero enseguida con gran asombro, al advertir que la letra con sangre entra en cada equivocación, en lo no aprendido.

Sin poder evitarlo, mi rechazo por el Quijote crecía cada día a día por momentos. Y fue en aumento en cada línea, en cada impacto de una dura y recia vara de madera que explotaba en mi cabeza, en mi espalda y en las puntas agrupadas de mis pequeños dedos de niño, y con los manotazos sonoros en el rostro: **¡Dulcinea de El Toboso, no de El Goloso!**

Por lo que con dolor y miedo al castigo, iniciaba diariamente su lectura, Y cada vez más, aborrecía el libro y el marco literario que había escogido un supuesto historiador arábico, Harnete Benengeli, que contaba no sé que historia de caballerías.

Pero a pesar de su perseverancia y de tan encomiable empeño, los curas de mis primeros años no consiguieron que llegara a memorizarlo. Tampoco entenderlo.

No llegaba a entender muy bien a mi edad y como resultado de tal enseñanza, el libro de Cervantes y el alcance de los términos en que se expresaba y comprender lo que significaba en el fondo esa historia de armaduras, caballos, criados, ventas y leyendas de molinos de viento. Y a que venía aquel empeño en aprenderlo de corrido, voz en cuello.

A mi infortunio y al de mis compañeros de clase, se unió rápidamente el desconcierto cuando supimos que el libro, bastante gordo por cierto, obtuvo

un gran éxito y enseguida se convirtió en un best seller y que a los dos años de su publicación fuera traducido al idioma inglés.

Y porque al rato, descubrimos que Cervantes se inventó a Benengeli, el narrador de el libro, que inventó a un tal Alonso Quijano, que inventó a don Quijote de la Mancha, un caballero andante con armadura, escudo y lanza, de otra época, de otro tiempo, que decía cosas sin sentido y de una tal Dulcinea, como si estuviera poseído por el demonio.

Y que don Quijote se inventó a su vez a Sancho Panza, un criado que a veces se comportaba como un tonto ignorante y otras como un certero maestro. Y los dos, caballero y criado, locos de atar.

Y que todo era para dar mayor complejidad a una historia, escrita por Miguel de Cervantes, un hombre de cincuenta y ocho años, una edad muy avanzada para la época, que llevaba veinte sin escribir un solo libro, y se ufanaba en que tenía gran afición por la lectura, y que se leía hasta los papeles rotos de las calles.

Asimismo este escritor, algo vago, había escrito este libro en la cárcel, en Argel, en donde estuvo preso y a menudo tenía problemas con la justicia.

Además, la dieta de los personajes de su libro era un horror: consistía fundamentalmente en bellotas, cebolla, vaca y tocino.

Ni yo ni mis compañeros de clase entendíamos nada.

Por lo que se puede apreciar, mucho tuvieron que ver en mi primer encuentro con Cervantes y el Quijote, los padres jesuitas de Vigo, mi ciudad natal, graves varones, que tanto influyeron en mi formación, como ya dejara escrito mi hermano Francisco Cerecedo, lamentablemente desaparecido, brillantísimo periodista y escritor.

Transcurrieron varios años para que, todavía temeroso y ya en Madrid, me atreviera con una segunda lectura de la obra de Cervantes, con la perspectiva que dicen da el tiempo, sin sobresaltos.

Y debo reconocer también, que me llevó su tiempo el encontrar un ejemplar del libro. Cuando lo hallé dirigí mis pasos al Gan Café Gijón...

Al entrar en el café, me pareció ver al mejor escritor que ha tenido Galicia, don Ramón del Valle Inclán. También al escritor gallego y premio

Nóbel Camilo José Cela y el premio Cervantes de literatura, Francisco Umbral. Tenían reservada mesa, al lado del tan gran actor como mujeriego Paco Rabal, del doctor José Luis Barros, pontevedrés, republicano y de izquierdas, del enorme actor Manuel Alexandre, buen jugador de billar, póquer, mus, subastao y del grandísimo humorista y escritor José Luis Coll. Que al advertir el ejemplar del Quijote portaba entre mis manos. Me observaban desde la distancia cercana, con esa mezcla de expectación y curiosidad...

Me di cuenta allí, que había un antes y un después de Cervantes.

Y que Cervantes había conseguido tres cosas.

En primer lugar, y por primera vez, el autor sale fuera de la narración interactiva.

En segundo lugar y también por primera vez, una novela deja que sean los personajes los que se expresan, no el narrador. Y no haya ficción, lo que cuentan es real.

Y en tercer lugar y también por primera vez, el carácter narrativo y la narración, son mas importantes que el propio autor...

**Roberto Cerecedo**